

COMENTARIO A LA LITURGIA DEL DOMINGO

III Domingo de Cuaresma, Ciclo A

Hemos llegado al tercer domingo del Tiempo de la Cuaresma. En este Ciclo A de Lecturas dominicales, la liturgia nos propone a la reflexión el capítulo 17 del Libro del Éxodo; el capítulo 5 de la Carta del Apóstol Pablo a los Romanos, y el capítulo 4 del Evangelio según San Mateo. El Salmo responsorial es el 94, que tiene como antifona: "Escucharemos tu voz, Señor".

La liturgia de la Palabra de este domingo está centrada en la narración del encuentro de Jesús con la mujer samaritana, que encontramos en este capítulo cuarto del Evangelio según san Mateo. Las otras dos lecturas de alguna manera hacen referencia a lo esencial de este evangelio, que es la sed, como búsqueda de Dios, primera lectura, y el amor incondicional de Dios que nos ha salvado, aún cuando seguimos siendo pecadores, segunda lectura. Y precisamente Jesús se encuentra con una mujer, que es pecadora y que va al pozo a buscar agua para saciar su sed física. Y resulta que consigue a alguien que le promete una agua que al tomarla calma la sed para toda la vida. La mujer, se emociona, piensa que si encuentra esa agua viva ya no tendrá que ir más a ese pozo y cargar el agua para su casa. Pero Jesús, en el devenir del encuentro la va llevando a descubrir esa agua viva que ha venido a traer a toda la humanidad y que no es otra cosa que la salvación mediante el perdón de los pecados. Por eso lo de la petición que le hace Jesús de que vaya a buscar a su marido, a lo que la mujer responde que no tiene, pero Jesús le revela que ha estado con 5 que al final ninguno era su marido. Ante esas palabras la mujer se ve descubierta y descubre que está ante un profeta, está ante su Mesías, que no la condena, sino que la invita a la conversión a través del agua de la vida.

El símbolo fundamental de este evangelio y el encuentro del Señor es el agua. Para la mujer significa saciar la sed física, para Jesús por medio del agua se derrama la vida, y toma entonces un nuevo carácter que se concretizará con el bautismo, donde el agua bendecida nos lava de nuestros pecados y nos regenera la vida, dándonos la presencia del Espíritu Santo con el que alabamos al Dios uno y Trino. Porque este es otro de los temas planteados por Jesús en la conversación con esta señora samaritana. La costumbre era ir al templo para rendir culto a Dios. Y Jesús plantea que ya ha llegado el tiempo en el que quien quiera alabar a Dios lo hará en Espíritu y verdad. El templo significaba la intermediación de la clase sacerdotal, a la que los fieles confiaban las ofrendas para que, en su nombre, fueran

ofrecidas por la expiación de sus pecados. Y como la gente lo hacía, también los mismos sacerdotes debían ofrecer sacrificios por ellos mismos, eran también pecadores. Jesús inaugura una nueva época en donde los creyentes, como tu y como yo, si bien seguimos teniendo el beneficio de la intermediación y el ministerio de la Iglesia, también tenemos la gracia de compartir directamente con Dios, en espíritu y verdad, porque somos hijos, porque hemos recibido un bautismo que nos ha dado derechos y deberes como propiedad de Dios. Con la Iglesia compartimos el culto y los sacramentos, pero la relación con Dios debe ser algo personal, algo entre cada uno de nosotros y Dios, para cumplir lo que el mismo Jesús dijo en otro momento: "cuando vayas a orar, ve a tu aposento, cierra la puerta y habla con tu Padre que está en el cielo".

Por último, dentro de los tantos temas que se encuentran en este Evangelio de hoy, quisiera que reflexionáramos sobre el testimonio. La mujer, después de encuentro con Jesús, va a su comunidad y cuenta que ha encontrado a un profeta que le ha mostrado las miserias de su vida. La gente acude a ver a Jesús, y cree en él. Primero se interesan en Jesús por el testimonio de la mujer, luego ellos mismos dicen que creen por lo que han visto. Nuestra misión como cristianos es dar testimonio de Jesús, mostrar a la gente que nos rodea que creemos en él, y sobre todo invitarlos a que también ellos tengan un encuentro con Jesús. El milagro de la conversión se dará, no tanto por lo que vean en nosotros, cuanto por la experiencia de la misericordia que cada uno puede experimentar.

En este domingo en que recordamos el episodio de la samaritana, te invito a que calmes tu sed de Dios con la oración y los sacramentos, y sobre todo que tengas en cuenta que Jesús está allí para escucharte y consolarte, para perdonarte, porque su misericordia es eterna.

Fuente: Radio vaticano. (con permiso)